la juventud, el sexo femenino, la ignorancia, son las condiciones más favorables para su completo y enérgico desarrollo.

No es menos estrecha y necesaria la relación que existe entre la religión y el grado de potencia intelectual. El desenvolvimiento de la inteligencia depende sobre todo de la raza y el estado social. Si el Etíope hubiera vivido en la India, hubiera probado otras impresiones que el Indo las habría traducido por una religión diferente. Asimismo un francés inteligente é instruído de nuestra época, no puede tener las ideas de los Galos semibárbaros, sus antepasados de hace tres mil años.

Esto sentado, la gradación religiosa natural parece ser la siguiente:

1.° El FETICHISMO. «El hombre niño por la edad ó por la raza á que pertenezca, experimenta á la vista de un ser, de un animal, de un fenómeno natural, una impresión, una emoción fuerte, admiración ó terror, ordinariamente este último, del que guarda memoria largo tiempo. Considera el ser que le ha originado esta emoción, mucho más poderoso que es en sí, y se humilla delante de él, es decir, le adora; le ofrece presentes y sacrificios; en una palabra, le diviniza; y como en razón de su debilidad é ignorancia extrema, es sorprendido y aterrado por una multitud de seres, de fenómenos naturales, su panteón se puebla sin cesar de objetos á los que quiere ó aborrece. El ejemplo siguiente hace ver de una manera clara cómo se forman estas groseras ideas. Es uno de los primeros misioneros á la Nueva Caledonia, el padre Rougeyron, quien lo cuenta. Para protegerse contra las rapiñas de los naturales, los misioneros hicieron que les mandaran de Europa un perro, y como la Nueva Caledonia estaba enteramente desprovista de cuadrúpedos mamíferos, este animal hubo de parecer á los Nuevos Caledonios un animal prodigioso. Inspiróles un terror profundo y razonando con la lógica elemental del salvaje, resolvieron congraciarse, en lo posible, con este ser dañino y superior. Y, en efecto, cierto día le enviaron una diputación encargada de ofrecerle frutos y hacerle un largo discurso solicitando su amistad y ensalzando su

poder. Sin duda por un procedimiento análogo numerosos pueblos antiguos y modernos han llegado á la adoración de los animales. La serpiente de Ohuiddoh, el conejo de Benin, el lobo de las praderas americanas, que adoran todavía, según el abate Domenech, los Selisches y los Sahaptinos, los animales sagrados del antiguo Egipto, etc., etc., han sido deificados de esta manera.

El fetiche no es siempre un animal, pero sí un ser, un objeto tomado de la naturaleza, un árbol, una roca, una montaña, un río. Además de estos grandes fetiches, los hay también pequeños ó de menor poder, caprichosamente escogidos y puramente individuales: un trozo de madera amarilla ó roja, un diente de animal, una espina de pescado, etc., etc. O bien estos pequeños fetiches son parte del gran fetiche popular ó bien en un momento de emoción cualquiera, el negro—los fetichistas son generalmente negros—les atribuye un poder especial. Allí no existe todavía ninguna creencia en seres inmateriales, todo es generalmente concreto y visible. Es simplemente un resultado producido por una emoción fuerte y un razonamiento falso. La emoción y el razonamiento del negro adorando un animal dañino, una plaga cualquiera, y la emoción y el razonamiento del perro, que habiendo cometido una falta y creyendo que van á castigarle se arrastra á los piés de su amo, son cosas perfectamente comparables. El hombre y el animal razonan de la misma manera; cada uno de ellos se arrodilla á su modo.

Mas como el hombre tiene más inteligencia, más memoria y más imaginación, hace respecto de la emoción que ha experimentado un razonamiento un poco más complejo. Guarda por largo tiempo el recuerdo del terror experimentado y creyendo en la posibilidad de sentirlo de nuevo, busca los medios de prevenirlo. De ahí las ofrendas, las plegarias, los ídolos hechos á imagen del ser temido; se trata de un ser concreto y tangible, como sucede siempre en el verdadero fetichismo. Esta psicología es eminentemente simple, y en nada difiere de la del animal. Las facultades son las mismas, funcionan de la misma manera, únicamente que en el hombre tienen una potencia algo mayor. En ella

no hay nada todavía por lo inmaterial, nada asimismo por lo sobrenatural, y aplicado al fetichismo el viejo verso tantas veces citado: *Primus in orbe deos fecit timor.* (Lo primero que hizo Dios en el mundo fué el temor), es la espresión exacta de la verdad.

La creencia en los genios es un grado superior de la idea religiosa. Es la transición entre el fetichismo y el politeísmo. No es precisamente lo inmaterial, mas está ya en el dominio de lo invisible. Así, el Caldeo, espantado al escuchar un trueno, se lo figura inmediatamente, como el acto de un sér corporal, de una organización igual á la suya ó á la de aquellos seres á quien él teme más, pero de una sustancia más etérea, más impalpable. Los *djiuns* de los musulmanes, los *perís* de los persas son creaciones imaginarias análogas. El genio tiene además, las pasiones, las debilidades propias del hombre que lo ha inventado; nace, muere algunas veces y es bondadoso ó malvado. Es, en fin, un hombre menos imperfecto. Aquí, como en el verdadero fetichismo, el hombre conserva todavía la animalidad. Pero las emociones comunes al hombre y á los animales superiores, se acompañan necesariamente de hechos físicos análogos. El caballo que en una clara noche se espanta de la sombra proyectada por un árbol, el buey que durante una eclipse de sol, amenaza con sus cuernos á un enemigo invisible y el hombre á quien hace temblar el ruido del trueno, se encuentran en un estado físico casi idéntico. Los tres tienen miedo, los tres hacen un razonamiento más ó menos elemental; los tres se imaginan seres que realmente no existen, peligros que están acostumbrados á temer. Mas el hombre guarda durante mucho tiempo el recuerdo del peligro que ha corrido y de la imagen por este motivo creada por su imaginación. Muy á menudo intenta representar este ser ficticio por un ídolo cuando tiene la suficiente industria ó conocimientos para poderlo realizar. Generalmente no tarda en confundir el símbolo con el ser simbolizado, y acaba por adorar y rogar al mismo ídolo que sus manos han fabricado.

«Un obrero, dice el profeta Isaías, corta los cedros ó robles que escoge entre los árboles del bosque, y

planta en su lugar el pino que crece á favor de la lluvia.

»Estos árboles sirven al hombre para hacer fuego; los coge y se calienta; los quema en su horno para cocer su pan. Y hace asimismo con ellos dioses á quienes adora. ¡Es una escultura ante la que se prosterna!

»Una parte del árbol es consumida por el fuego; con ella ha hecho cocer su carne, ha preparado su asado para satisfacer el hambre; se ha calentado y ha exclamado: ¡Ah! ¡qué bien me encuentro! ¡me siento animado!

»Con la otra parte ha fabricado un Dios, un ídolo ante el cual se prosterna, al cual adora y delante del que exclama: ¡Consérvame, tú, que eres mi Dios!» (Cap. XLIV).

He ahí el análisis sucinto del primer grado de la idea religiosa. Los grados superiores se comprenden y explican asimismo fácilmente. Son siempre un razonamiento basado sobre una impresión ó una emoción; solamente que este razonamiento es tanto más completo, tanto más justo, tanto más largo, cuanto el hombre es más inteligente; existiendo asimismo entre la forma religiosa y la raza una relación íntima.

2.° El politeismo. Entre el fetichismo, el culto de los genios y el politeísmo, no existe diferencia alguna bien determinada. Vemos siempre al hombre sorprendido, espantado, herido algunas veces de admiración—lo que es muy raro en el fetichismo—frente de los fenómenos naturales. Mas en el politeísmo, el hombre está mejor dotado; generaliza mejor, sus dioses son menos múltiples, cambia de ellos con más dificultad, pues ya entrevé que la naturaleza está regida por un pequeño número de fuerzas. Solamente que estas fuerzas las vivifica, las diviniza; les da un cuerpo, algunas veces de animal, generalmente de hombre y naturalmente las adorna con todas sus pasiones y necesidades, con deseos análogos á los suyos. Se aman, se odian, tienen celos y rivalidades; el hombre puede hacerles variar á su voluntad por medio de plegarias y sacrificios. En resumen, el politeísmo es la adoración de los elementos vivificados, imaginados y simbolizados por el hombre, generalmente á su imagen. No puede con-

cebir todavía que las grandes fuerzas naturales obran ciegamente, inconscientemente y son inherentes á la materia. No obstante, el hombre confunde mucho menos que en el fetichismo el emblema y la fuerza representada. Es más allá del fenómeno percibido donde él busca la causa: esta causa visible no le basta y trata, por tanto, de remontarse á su primer origen.

Todas las religiones politeístas pueden reducirse á un pequeño número de hechos generales, que se observan en el mar del Sud ó sobre el continente americano, en la Grecia antigua ó entre los Galos y Scandinavos.

Cuanto más inteligente y civilizada es una raza, tanto más se simplifica su politeísmo, tantos más elementos humanos se mezclan con él. El politeísmo grosero y primitivo casi no es más que la divinización de los grandes cuerpos, de los grandes fenómenos naturales, de los astros, de la tierra, del mar. Pero cuanto más inteligente es el hombre, tanto más su pequeño mundo inter-cerebral se engrandece y adquiere á sus ojos importancia. Diviniza sus emociones fuertes, sus pasiones; los remordimientos se encarnan en las Eumenides, la voluptuosidad y la generación se llaman Venus en Grecia y Freya entre los Scandinavos; el amor se convierte en Eros, el furor guerrero en Marte. Llegan asimismo á divinizar las ideas morales; así vemos en Grecia la sabiduría representada por Minerva. Las grandes fases de la vida orgánica son también deificadas: la generación, la nutrición y la muerte se convierten en la India en Brahma, Vichnú y Siva; se divinizan asimismo las ideas verdaderamente abstractas, intelectuales, como el tiempo ó sea Saturno, sentado en el Olimpo al lado de Apolo, que es el Sol. Los dos politeísmos se mezclan, se confunden. El último se observa sobre todo en la raza Caucásica y se explica sin recurrir á las facultades especiales. El hombre llega algunas veces, como en Persia, al dualismo simple. Por un lado todo lo que le parece mal; por otro lado lo que le parece bien: Ahriman y Ormuzd. Un paso más y el monoteísmo aparece.

3.° El monoteismo. No es más que una generalización mayor. El hombre siempre más ilustrado é inteligente, experimenta gran dificultad al querer conciliar la existencia simultánea de sus dioses múltiples; como asimismo la idea de una causa única, de una fuerza creadora distinta del mundo al cual rige y ha sacado de la nada.

No obstante, las dos ideas de una creación *ex nihilo* y de la existencia de un Dios inmaterial no se presentan por de pronto en la concepción monoteísta. Según filólogos distinguidos como Chavée, el primer versículo del Génesis dice: Dios *fabricó* y no Dios *creó* el cielo y la tierra. La idea de creación de la nada no aparece hasta la época de Constantino.

Asimismo el Jehová de los hebreos es concreto, material, antropomorfo, como lo prueba toda la Biblia.

Según Proudhon, Jehová había sido primero el Sol, y lo que han traducido en la Biblia por la palabra *gloria* quiere decir el firmamento estrellado comparado á un manto de soberano. Hé aquí, según él, como deben traducirse los versículos 5 y 6 del salmo XVIII.

«5. En el fondo del cielo se eleva la tienda del sol. Vedle allí como el esposo que se levanta de dormir. Como el heraldo de armas que parte por un mensaje.

»6. Parte de un extremo del cielo.

»Y recorre hasta el extremo opuesto.

»Y nada puede esconderse de su llama.»

En hebreo, según el propio autor, la misma palabra que significa alma, vida, quiere decir animal y cadáver.

4.° El panteismo. En este sistema, la inteligencia humana no concibe á Dios y la materia distintos uno de otro. En él se confunde el mundo con las fuerzas que le rigen. La divinidad no es más que un poder inteligente infuso en la materia, y el mundo material no es sino la manifestación necesaria de la Divinidad que comprende todos los seres y está sumergida en su seno, más sin forma ni límites. Es mejor un sistema filosófico que una religión: hé ahí por qué aun cuando se encuentra el panteismo en el fondo de los dogmas del brahmanismo, este no ha sido nunca la religión de las masas.

Tales son los cuatro períodos por los cuales pasa generalmente la idea religiosa en la humanidad, aun

cuando puede faltar alguno de ellos. Así el Rig-Veda nos pinta los Aryas en el estado pastoril, agrupados en familias, en tribus, adorando los elementos, los fenómenos naturales, el éter, el aire, el fuego, personificados bajo los nombres de Indra, Roudra y Agní; el cielo y la tierra con los de Divaspati y Prithívi; no se observa todavía vestigio alguno de la gran trinidad íntima; los dioses no tienen aún sus genealogías. Tampoco afectan aún las formas fantásticas bajo las cuales se los representará el devoto más tarde. Nunca tienen cabezas ó brazos múltiples; el creyente los ve ordinariamente bajo la forma humana, y así es como los describe el poeta que va cantándolos de tribu en tribu. Más tarde aparecen Brahma, Siva, Vichnú, y al mismo tiempo, ó un poco después, la noción panteísta; puesto que la India no ha pasado, á buen seguro, por el monoteísmo, fase que Augusto Comte considera necesaria, sino que después de haber deificado separadamente las diversas energías de la naturaleza, el hombre las ha fundido en un causa única, una divinidad sumergida en el seno de la naturaleza, no creadora, pero de la cual todas las criaturas son puras emanaciones.

Este rápido análisis de la idea religiosa y de sus evoluciones nos enseña como origen de todas las religiones la impresión fuerte, la emoción; nos enseña asimismo por qué transformación lenta la emoción religiosa se convierte en concepción intelectual. En la parte inferior de esta escala vemos dominar la impresionabilidad, que poco á poco cede el terreno á la inteligencia; en la cúspide la emoción ha casi desaparecido, todo es puramente concepción intelectual, razonamiento poderoso, sin que, no obstante, haya entre estos elementos diversos separación completa.

Ciertos pueblos, ciertas razas, se han estacionado, hasta hoy, en alguno de estos diversos grados religiosos sin poder llegar á libertarse de él. En todas partes el negro es ó ateo inconsciente ó fetichista. La raza amarilla, si bien desprovista de impresionabilidad moral, ha adoptado en masa el sistema búdico, cuyo fondo parece ser el ateísmo, mientras las razas americana y polinésica están todavía sumidas en el politeísmo más grosero.

Todo lo que hemos dicho anteriormente debe entenderse de un modo general. Cuando hemos dicho que una raza es politeísta, monoteísta, etc., etc., debe entenderse que nos referimos á la generalidad, pues muy á menudo suelen encontrarse, sobre todo en las razas superiores, y en sus individuos aisladamente considerados, todas las formas de la idea religiosa. Así, puede decirse que la raza blanca es la única que se ha elevado á las grandes concepciones religiosas y no obstante es lo mas fácil encontrar hoy día en Francia ateos por *impotencia intelectual*, fetichistas, no en corto número, y asimismo politeístas.

Esta graduación que hemos observado en la evolución de las ideas religiosas consideradas en la humanidad, es análoga estudiada en el individuo aislado del conjunto ó colectividad.

VI

Procuremos remontar nuestros recuerdos hasta la aurora de nuestra vida moral; olvidemos todo lo que nos ha dictado la educación y estudiemos simultáneamente la aparición de la inteligencia en los niños de nuestra raza; este último estudio, sobre todo, nos suministrará numerosos conocimientos. Mas para interrogar al niño tenemos necesidad de convertirnos nosotros en otro tanto y dar á nuestro lenguaje una forma conveniente para el caso. De estas investigaciones deduciremos fatalmente las conclusiones siguientes:

El niño, desde que pasa de la vida vegetativa á los primeros destellos de la vida moral, es esclavo de necesidades instintivas, de sensaciones imperfectas que empieza á experimentar. Siente, pero no razona; apenas percibe ciertas relaciones elementales, que pronto olvida; su memoria es tan corta que casi es inútil, pues la sensación muere con la misma facilidad que se ha producido, no dejando tras sí más que una fugitiva huella. La inteligencia nace; apenas es comparable á la del animal, el ser es incapaz de volver sobre sí para comparar conscientemente las sensaciones, las

37170
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
625 MONTERREY, MEXICO

ideas más simples. El niño es ateo, pero ateo inconsciente. Entre tanto poco á poco las propiedades y facultades cerebrales germinan y se acentúan. La inteligencia aumenta y se desarrolla al mismo tiempo que la palabra por medio de la cual se manifiesta.

Este ser, virgen todavía de preocupaciones y de ideas mucho más grandes que él impuestas por sus allegados y maestros, estudiémosle asimismo é interroguémosle en silencio. Está ya adornado de gran número de instintos que la sociedad estigmatiza como dañinos y perversos. Es goloso, violento, irascible ó bien, para hablar de un modo más general, siente necesidades nutritivas y sensitivas á las cuales no tiene la menor idea de resistir. Su corta vista no abraza más que un horizonte limitado. Es asimismo ingenuo y profundamente egoísta. Mas tarde sabrá lo que es la compasión, la caridad cristiana ó pagana; en la actualidad ríe indiferentemente al contemplar dolores que no ha sentido todavía y que, por lo tanto, no comprende. Con candor é inocencia inmaculados atormenta su pájaro y maltrata su perro. Entregará alegremente al mendigo una moneda que le déis y de la cual no conoce el valor, pero no le pidáis sus juguetes. Para él, el bien es lo que desea, el mal lo que le hace daño. Un poco más tarde admitirá sin reflexión, con aquella credulidad que nada asombra, todas las distinciones morales que tengáis á bien imponerle; mas no les dará importancia alguna, lo hará únicamente por no contrariaros. Miente sin escrúpulo y con toda naturalidad hasta el momento en que la educación le ha inoculado las ideas de lo verdadero y de lo justo.

En resumen, el niño ante todo ser puramente instintivo, ignora la moral y no sospecha siquiera que las ideas de lo bueno, lo verdadero y lo bello, sean necesarias é innatas.

Volver á empezar la campaña tan victoriosamente llevada á cabo por Locke sería, por lo menos, inútil. Notemos solamente con este filósofo que la ausencia total en el niño de ideas abstractas, de estos grandes principios considerados como base del ser moral, es un hecho capitalísimo. En esta naturaleza virginal que la educación no ha desflorado ni hecho deforme, las

ideas innatas, si las hubiera, debieran resplandecer como pedrerías en medio del agua más límpida.

Prosigamos. El niño se ha echado ya á cuestas el arnés de la educación. Repite dócilmente su Catecismo, su Koran, etc. Mas sin pararnos en palabras, tratemos de ver qué ideas representan en su entendimiento estas fórmulas incomprensibles. Este Dios eterno y creador que llena el mundo y del cual os enumera los atributos como un filósofo escolástico, se lo representa con los rasgos de su maestro ó de su padre. Para él es radicalmente imposible concebir la existencia de una entidad inmaterial y comprender que el incienso de la plegaria debe quemarse en honor de un ser que para él no existe, no siendo concreto y encarnado.

Intentad darle una idea de la inmensidad sin límites, del espacio infinito en el cual el vuelo rápido de la inteligencia del adulto se abisma; es inútil, no puede concebir una idea tan vasta.

Abandonadle á sí propio y no acatará ningún Dios antes de la adolescencia de la razón, y sus primeros dioses serán los que adora toda la humanidad infantil, lo desconocido, lo misterioso, todo lo que le impresiona ó espanta, lo que rechaza ó admira, el insecto ó el león, las estrellas ó el sol, todo lo que le parezca causa de un hecho extraño, dulce, terrible.

Sería verdaderamente un salvaje, sino debiera recorrer el círculo de una evolución completa. Su Dios, como el de aquél, es nulo ó limitado. Su numeración, este otro critrio intelectual, se eleva á diez quince, veinte; mas allá, las palabras le faltan lo mismo que las concepciones y no tiene seguridad que dos y dos hagan cuatro antes de haberlo contado.

No busquéis en el niño la idea de lo justo, como tampoco la de lo bueno ni de lo infinito. Considerad estas pequeñas sociedades temporales que forman los niños; son la imagen de los primeros tiempos de la humanidad, el reinado de la fuerza bruta. Allí no existe el más ligero destello de la idea del derecho. Que el lector se transporte con el pensamiento á los años de la adolescencia, de la pubertad. Hasta entonces ha aceptado dócilmente las ideas religiosas inoculadas por la educación, los dogmas más ininteligibles. Apenas sue-

ña en contestar á propósito de cosas que, si bien son de poca importancia, las afirman sus parientes y maestros al par que los sacerdotes. De pronto se efectúa el florecimiento moral é intelectual. Nuestra inteligencia empieza á fijarse con interés en la creencia que nos han impuesto. No dudamos aún; lejos de eso, creemos con fervor, con pasión, tanto, que todo este cortejo maravilloso, sobrenatural, terrible, nos impresiona vivamente, y le parece á nuestra pobre inteligencia todo tan extraño, tan inexplicable en el mundo que nos rodea, que acogemos con avidez las explicaciones que tienden á satisfacer nuestra curiosidad y cuyo lado poético seduce á nuestra imaginación. Pero ¿cómo figurarnos el Dios ó más bien los dioses del catolicismo? Los vemos continuamente. Tienen un cuerpo parecido al nuestro: éstas son las estatuas, las imágenes piadosas vivificadas á las que amamos, tememos é invocamos con terror. Los demonios, bajo las formas más fantásticas, pueblan nuestros sueños; las almas de los muertos encarnadas y envueltas en sus sudarios llenan para nosotros la noche y la soledad. A nuestros ojos todo es viviente, pero no tenemos la idea de una esencia inmaterial. Somos verdaderamente politeístas; nuestros dioses, como los de la antigua Grecia, son antropomorfos; solamente las formas vulgares ú horribles bajo las cuales simboliza, en nuestro país, el catolicismo sus seres divinos, son las que vemos en nuestras plegarias y en nuestros terrores.

Pero esto no es más que una etapa en la que no nos detendremos por mucho tiempo. Poco á poco nuestra organización cerebral y, por consiguiente, intelectual se desarrolla activada por la educación—y adviértase que no entiendo por educación únicamente la escolar, sino las mil sensaciones é impresiones que graban en nosotros los medios sociales, nuestras lecturas, nuestras nacientes pasiones. Bien pronto y con un sentimiento de pena, algunas veces de terror, sentimos desfallecer en nosotros la fe crédula. Dudas que sin cesar renacen cada vez más fuertes vienen á solicitar albergue en nuestro entendimiento. ¿Qué hacer? ¿Qué creer? El mundo encantado que hasta entonces había hecho nuestra alegría ó nos había aterrado, lo vemos

desvanecerse de pronto. Los dioses no pueden ser corporales; no pueden ser múltiples. Dichosamente los dogmas de la filosofía espiritualista se presentan ante nosotros como un refugio. Por un instante todo parece quedar acorde.

Sí, nos grita con su voz imponente la teología oficial; sí, no hay más que un Dios; este es el Jehová bíblico. Es incorpóreo, infuso en el Universo sin límites, al cual ha creado con una palabra y del que, no obstante, es distinto; todas las perfecciones, todas las adorables bellezas morales que podemos concebir, amar, adorar, no son más que ligeros reflejos de su infinita grandeza, de su divina perfección.

Muchos se detienen al llegar á este punto; algunos van mucho más lejos. Involuntaria, espontáneamente tocan todos los resortes de su inteligencia intentando comprender este ser que se les ha pintado incomprensible. ¿Cómo concebir una entidad incorpórea, un Dios distinto del mundo el cual no obstante llena por completo? ¿Cómo comprender la creación *ex-nihilo*, y un mundo material saliendo de la nada? ¡Imposible! Luego, lo más á menudo á su pesar, por grados insensibles el hombre llega á quemar sus más caros ídolos y á formular su creencia así: El mundo material del que no se puede concebir la creación ni el aniquilamiento, es eterno; es, según el verso de Orfeo:

Padre, madre, nodriza, sostén de todo lo que es.
(Himno X.)

Este mundo material no es inerte; está vivificado por propiedades activas inherentes á sus elementos y que se aniquilarían con ellos, si tal cosa fuese posible.

El orden más ó menos imperfecto que reina en el mundo, no es más que un equilibrio necesario entre esas diversas propiedades activas, esas fuerzas si se quiere, y nunca la obra de una inteligencia personal obrando en vista de causas finales.

La creencia es un alma inmaterial que repugna á la fría razón tanto como la creencia en un Dios inmaterial. Quien dice inmaterial, dice no existente.

Se puede, si se quiere, concebir el conjunto de fuer-

zas que animan el mundo; el conjunto de las inteligencias humanas como partes de un gran todo; y para no romper enteramente con la antigua noción divina, para evitar el *horrible* ateísmo, llamamos Dios á este conjunto abstracto que realmente no existe más que en los individuos; pero este pretendido Dios es inseparable del mundo material y muere con él.

El panteísmo está tan próximo del materialismo, que es enteramente imposible trazar la línea geométrica que les sirve de límites.

En conclusión: el individuo nos muestra la misma evolución de la idea religiosa que la humanidad.

El niño es, primero, ateo inconsciente, después fetichista. El joven, primero politeísta, después fácilmente monoteísta. El adulto pasa muy á menudo al panteísmo ó al ateísmo consciente.

En otros términos: el hombre que recorre el círculo completo, empieza partiendo de la ausencia de creencia coincidiendo con la ausencia de inteligencia. Esta después se desarrolla, se desenvuelve, entraña concepciones religiosas que se suceden la una á la otra, cada vez menos groseras, cada vez menos quiméricas, para llegar á la CIENCIA, la grande, la suprema diosa, cien veces más bella en su desnuda realidad que todos los dioses cargados de oropel, á los cuales ha dado nacimiento la infantil imaginación de la humanidad.

CAPITULO IV

SERIE DE LAS NECESIDADES

I

Hemos estudiado los diversos grupos de necesidades naturales, aislando las unas de las otras, como el escalpelo del anatómico aisla un músculo para hacer posible su descripción; pero en el ser humano, como en todo ser, nada está aislado, todas las facultades, todos los apetitos, como todos los órganos, se enlazan y sostienen entre sí.

Así es, que al primer vistazo que se echa sobre la evolución del individuo y de la sociedad, de la unidad y la colectividad, vemos las necesidades naturales en el hombre, agruparse formando serie, dominando unas á otras según una ley natural á través del progreso de la edad ó de los siglos.

Como una planta que crece y se desarrolla hoja por hoja, botón por botón, el hombre adquiere sucesivamente sus necesidades y sus facultades. Por medio de una evolución gradual pasa de la vida vegetativa á la de conciencia, de ésta al deseo, del deseo á la voluntad.

Durante la vida embrionaria, el hombre no es más que un agregado de células y fibras que se multiplican y transforman en virtud de ciertas leyes, exactamente como un vegetal. Hacia el quinto mes de la gestación, el feto se entrega dentro de la matriz á movimientos que la madre percibe y que no son ciertamente los primeros. ¿Siente acaso entonces necesidad de moverse ó impresiones desagradables producidas por posiciones penosas que le mueven á cambiar de actitud? Es muy dudoso.